

Paz mediante la fuerza: La nueva estrategia de dominio hemisférico de Estados Unidos

Washington dio a conocer una versión actualizada de su plan estratégico en materia de seguridad, con el objetivo de reconfigurar los equilibrios de influencia o poder mundial hacia el futuro próximo. Este planteamiento no solo replantea los focos de acción exterior de la administración estadounidense, sino que también profundiza su interés por la región americana y marca una inflexión clara en su política hacia Pekín.

Voces especializadas ya lo interpretan como un esfuerzo por consolidar un orden global centrado en una sola potencia dominante. Entre sus elementos más llamativos figura la invocación de lo que el texto describe como el “Corolario Trump” a la histórica Doctrina Monroe.

Según una lectura inicial del documento, su propósito es consolidar una esfera de influencia exclusiva en las Américas, con metas concretas: controlar los flujos migratorios, desmantelar redes ilícitas de drogas, bloquear la presencia de actores como Moscú y Pekín en sectores sensibles o estratégicos, y asegurar que las cadenas productivas o suministro clave estén bajo supervisión norteamericana.

Martín Pulgar —experto en relaciones internacionales y estudioso de la filosofía del conflicto— sostiene que, si bien el trasfondo no es nuevo, sí lo es su reactivación explícita.

“Esto se inscribe en una tradición arraigada en la política exterior estadounidense: impedir que otras potencias consoliden influencia en su entorno cercano. Primero fueron las monarquías europeas, luego Moscú durante la Guerra Fría, y hoy se extiende claramente a Rusia y China”, explica.

Pulgar añade que el texto parece apuntar a una suerte de apropiación efectiva del continente americano, limitando la capacidad de los países de la región para establecer alianzas autónomas con terceros o otras potencias.

“Lo que propone es un recorte severo de la autonomía estatal o soberanía, retrotrayéndonos a dinámicas propias del siglo XIX, en lugar de adaptarse a los estándares de cooperación del siglo XXI”, advierte.

Dentro de este marco, el documento proclama el cierre de lo que denomina “la era de los desplazamientos humanos a gran escala”, convirtiendo el control fronterizo en un pilar central de su política nacional.

“Hay una paradoja evidente: quieren influir directamente sobre nuestras economías y territorios, pero al mismo tiempo pretenden que las personas no migren o abandonen sus países de origen. Eso implica que su enfoque será más coercitivo que cooperativo”, comenta el analista.

Pulgar subraya que las condiciones económicas que impulsa Washington —centradas en la extracción de recursos sin redistribución local— son, en muchos casos, el motor mismo de esos desplazamientos.

“La propuesta profundiza una lógica colonial y extractivista, y luego busca bloquear sus consecuencias sociales: los movimientos migratorios derivados de esa misma desigualdad”, resume.

Otro cambio significativo radica en el tratamiento que el texto otorga a Europa. Allí se presenta un retrato sombrío: debilidad productiva, pérdida de cohesión interna, presión demográfica externa y crisis de identidad colectiva.

Sin embargo, al mismo tiempo insta a los países del viejo continente a asumir un rol más activo en su propia protección o defensa, y sugiere, de forma contundente, avanzar hacia un alto el fuego en Ucrania para restablecer una relación más predecible con Moscú.

Para Pulgar, el mensaje es inequívoco: “Washington no piensa retirarse del espacio europeo, sino reorientarlo”.

“Lo que se busca es que Europa reoriente su política exterior hacia el Pacífico, y que la OTAN deje de centrarse únicamente en el flanco este para convertirse en una herramienta activa contra China”, precisa.

El Medio Oriente, por su parte, ha perdido relevancia primordial en la agenda de seguridad, un indicio de la redefinición geopolítica que impulsa la Casa Blanca.

La estrategia fundamenta este giro en la menor dependencia energética y en avances diplomáticos recientes —como la situación con el programa nuclear iraní o los acuerdos de normalización con países árabes—.

Aun así, Pulgar prevé fricciones internas: “Aquí chocarán intereses poderosos. Sectores que se consolidaron tras la Guerra Fría —y muy especialmente el complejo político-militar-israelí— no verán con buenos ojos esta nueva orientación”, augura.

Aunque la nueva hoja de ruta se presenta bajo el eslogan “Paz mediante la fortaleza” y promete dejar atrás guerras prolongadas, persiste la duda sobre si un giro de tal magnitud puede realizarse sin el concurso de la fuerza armada.

“Resulta improbable reconfigurar el mapa del poder sin recurrir al componente militar. De hecho, ya se observan señales de coerción directa: desde presiones abiertas a gobiernos del norte de Sudamérica hasta amenazas de operativos terrestres en territorio mexicano”, señala Pulgar.

Para él, la retórica pacifista funciona más como herramienta de comunicación política que como guía operativa. “Cuando su discurso choque con sus propias acciones —como en el caso de asesinatos extrajudiciales en el Caribe— surgirá una contradicción difícil de sostener ante su electorado”, pronostica.

“En el momento en que ya no pueda recurrir a las armas como último recurso, su posición hegemónica se verá seriamente comprometida”, concluye.

La apuesta por una nueva normalidad con Moscú, incluyendo una resolución del conflicto ucraniano, genera preocupación entre socios clave como Berlín.

Pulgar interpreta esta maniobra como un intento por fracturar la convergencia entre Rusia y China. “Washington quiere separar a Moscú de Pekín, y está dispuesto a hacerlo aun si eso genera tensiones con Europa, que percibe este movimiento con recelo”, apunta.

Este enfoque, según el analista, despierta interrogantes sobre la verdadera intención detrás de la propuesta: “¿Busca realmente un sistema multipolar equilibrado, o simplemente un nuevo ciclo de dominación unipolar disfrazado de cooperación?”, se pregunta.

Finalmente, Pulgar considera que este documento responde más a una estrategia electoral que a un plan viable a largo plazo: “Es difícil pensar que pueda cumplirse, sobre todo cuando los mismos actos de la administración —como las operaciones extrajudiciales en el Caribe— contradicen su mensaje de estabilidad y respeto al derecho internacional”.

El escenario inmediato, según su lectura, dependerá de la capacidad de respuesta y resistencia de aquellos Estados que están siendo llamados —o presionados— a redefinir sus alianzas y prioridades.